

# Comunidad imaginada y gobernanza en la acción cultural exterior de Cataluña: entre la participación social y el corporativismo

*Mariano Martín Zamorano*

UNIVERSITAT DE BARCELONA

[martinzam@hotmail.com](mailto:martinzam@hotmail.com)

ORCID: 0000-0003-3338-7400

Recibido: 28/04/2016

Aceptado: 26/05/2016

## RESUMEN

Benedict Anderson (1993) definió la nación como «una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana» e incidió en la importancia de las raíces culturales para la constitución de esta conciencia nacional. Las diplomacias culturales, organizadas por los Estados-nación desde principios del siglo XX y estructuradas políticamente sobre la base de este espacio soberano e imaginado, buscaron extender la influencia de los países mediante la promoción de la cultura nacional en el escenario internacional. En este artículo examinaremos, desde un planteamiento cercano al de Anderson, la incidencia del nacionalismo en la estructuración de la gobernanza corporativista en la acción cultural exterior de Cataluña entre 1980 y 2014.

**Palabras clave:** *paradiplomacia cultural, Cataluña, gobernanza, nacionalismo, comunidad imaginada*

**ABSTRACT.** *Imagined community and governance in the foreign cultural action of Catalonia: between social participation and corporatism* Benedict Anderson (1993) defined nation as "an imagined political community - and imagined as both inherently limited and sovereign" and stressed the importance of cultural roots for the establishment of this national consciousness. Cultural diplomacy, organized by nation-states since the early SXX and politically structured on the basis of this sovereign and imagined space, sought to extend the influence of countries through the promotion of national culture on the international scenario. This article examines, by contrasting Anderson's ideas, the impact of nationalism on the organization of a corporatist structure for the governance of Catalan foreign cultural action between 1980 and 2014.

**Keywords:** *paradiplomacy cultural, Catalonia, governance, nationalism, imagined community*

## SUMARIO

Introducción

Política cultural exterior y nacionalismo

Gobernanza y política cultural exterior

Evolución institucional de la paradiplomacia cultural de Cataluña

Gobernanza corporativista de la paradiplomacia cultural catalana

Conclusiones

Referencias bibliográficas

**Autor para correspondencia / Corresponding author:** Mariano Martín Zamorano. Universitat de Barcelona. Departament de Teoria Sociològica i Metodologia de les Ciències Socials. Facultat d'Economia i Empresa. C/ Tinent Coronel Valenzuela, 1-11, 08034 Barcelona.

**Sugerencia de cita / Suggested citation:** Zamorano, (2016). Comunidad imaginada y gobernanza en la acción cultural exterior de Cataluña: entre la participación social y el corporativismo. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (1). 49-63

## INTRODUCCIÓN

Benedict Anderson (1993: 23) definió la nación como «una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana». Situado en una línea crítica del reduccionismo materialista a la vez que del primordialismo idealista, incidió en la importancia de analizar las raíces culturales para comprender el proceso de construcción de las diferentes formas de poder nacional territorial, ocurrido durante la modernidad. Esta edificación social del nacionalismo político vinculado a un patrimonio cultural oficial tuvo su reflejo, desde el siglo XIX, en la acción política sistemática de las naciones en el extranjero. Las primeras asociaciones privadas en el exterior, integradas por las élites liberales y, en menor medida, por otros sectores nacionalistas movilizados de la diáspora obrera, persiguieron sostener el poder colonial o fortalecer sus redes territoriales en el exterior, mediante la extensión de la lengua y el patrimonio nacional (Paschalidis, 2009). De este modo, la genealogía de la política cultural exterior se vinculó con diferentes estrategias de construcción de hegemonía internacional, asentadas sobre un determinado concepto de nación.

En el caso de Cataluña, desde la transición democrática, la internacionalización de la cultura y las acciones transnacionales orientadas a difundir las demandas políticas de la región se asentaron sobre un relato nacionalista. Este estuvo basado en la recuperación de los avances de la Segunda República en esta materia, en la distinción del territorio y de su sociedad respecto a otras culturas del Estado español y en su asociación con otras regiones y países del centro y norte de Europa. Sobre estas bases discursivas se produjo la estructuración de un campo de acción cultural exterior de relativa autonomía, tanto con respecto a otros ámbitos de la administración autonómica como en relación con la diplomacia cultural del Estado (Petit Bozzo, 2010). En este sentido, con su institucionalización en los años noventa, esta política incorporó a su gobernanza diversas asociaciones e instituciones dedicadas a proyectar la cultura catalana en clave nacional y que habían emergido en el marco de las disputas políticas acaecidas durante el

posfranquismo. Por ejemplo, este es el caso de varias entidades sociales del sector que el Consorcio Catalán para la Promoción Exterior de la Cultura (COPEC) acogió en su patronato desde su nacimiento en 1991.

Pero, seguidamente, con la creación del Instituto Catalán de las Industrias Culturales (ICIC) y el Instituto Ramon Llull (IRL), en los años 2000 y 2001, respectivamente, este proceso de agregación de demandas asociadas a la proyección internacional de la cultura nacional sufrió diversas transformaciones en sus mecanismos corporativistas. Dicha renovación de la paradiplomacia cultural favoreció diferentes tensiones entre los actores públicos y privados integrantes de este entramado socioinstitucional. Estas estuvieron vinculadas primeramente al nuevo protagonismo que asumió la Generalitat en esta actividad y, posteriormente, a su giro protodiplomático.<sup>1</sup>

Las razones que explican esta evolución general de la política cultural exterior catalana son múltiples, pero poseen una evidente vinculación con las diversas formas políticas que ha ido adoptando el nacionalismo en la región. Sin embargo, a pesar de que «poder político» del nacionalismo y la vigencia del Estado soberano como proyecto abocado a la «libertad de la nación» (Anderson, 1993: 25), han tenido un impacto evidente en la organización sociopolítica de la paradiplomacia cultural de Cataluña, este fenómeno no ha sido debidamente analizado. En un marco teórico preponderantemente estatista y centrado en las disputas militares y económicas, la diplomacia cultural ha sido desatendida o examinada como un área residual de la diplomacia (Bélanger, 1994: 423; Mark, 2008: 5). Por otra parte, el carácter subsidiario de los elementos subestatales y de las dinámicas no prescritas por los modelos nacionales en el campo de las políticas culturales (Johannisson, 2010; Schuster, 2002) contribuyeron a que las paradiplomacias de la cultura sigan siendo hoy un fenómeno vagamente

1. Duchacek (1990) definió la *paradiplomacia* como el uso de la política exterior por parte de los entes subestatales con el objetivo de obtener la independencia.

estudiado y no constituido teóricamente. En este sentido, este caso pone en cuestión las tesis funcionalistas en la explicación de la construcción de poder nacional, que asumen la nación como un capital de legitimación política para la concentración de poder estatal y como un instrumento de dominación de las élites político-económicas, así como las teorías neorrealistas, que relegan a un segundo plano el poder de los elementos agenciales e ideacionales en la política exterior (Vilanova, 2007). En este artículo examinaremos, sobre la base de un enfoque cercano al propuesto por Anderson sobre la nación cultural y de un trabajo de campo realizado entre los años 2012 y 2014, la incidencia del nacionalismo en la estructuración de un ámbito de gobernanza corporativista que caracterizó a la acción cultural exterior de Cataluña entre 1980 y 2014.

## POLÍTICA CULTURAL EXTERIOR Y NACIONALISMO

La diplomacia cultural, institucionalizada a principios del siglo XX y que tiene como exponentes históricos más representativos a la *Alliance Française* (1923) y el Instituto Goethe (1921), posee actualmente varias definiciones. Para Milton Cummings se trata de: «El intercambio de ideas, información, arte y otros aspectos de la cultura entre las naciones y sus pueblos para favorecer el entendimiento mutuo» (Cummings, 2003: 1). En cambio, Arndt distingue la diplomacia cultural de las relaciones culturales internacionales: «La diplomacia cultural solo tiene lugar cuando los gobiernos le prestan atención a este complejo campo y tratan de dar sentido al caos para, hasta cierto punto, configurarse y ponerse al servicio del esquivo “interés nacional”, tan difícil de definir» (Arndt, 2009: 31). Como sugieren estos autores, se trata de una pluralidad de actuaciones de difusión exterior de la cultura, las artes o el patrimonio simbólico de un colectivo social, que cuentan con intervención gubernamental sistemática.

Actualmente, la diplomacia cultural se caracteriza por la multiplicación de los actores que intervienen en diversas escalas y niveles, como en el caso de

las paradiplomacias culturales, es decir, aquellas actividades culturales exteriores desarrolladas por gobiernos subestatales (Mesado i Jardí, 2008; Bélanger, 1997). Y, dada la importancia de la esfera cultural en el actual mundo globalizado (Rodríguez Morató, 2007), esta política se sitúa como uno de los instrumentos fundamentales de construcción y difusión nacional en el escenario internacional. En esta línea, reflejando su compleja relación con la política doméstica, se ha indicado la importancia de fortalecer los sistemas nacionales de cultura como requerimiento para una adecuada proyección externa (Saul, 1994). En este espacio de acción, sujeto a la dinámica proposicional de los gobiernos, participan tanto los órganos gubernamentales de una nación, como sus empresarios, artistas, emigrados, etc. Sin embargo, este intercambio está relativamente determinado, en cada caso, a partir de las definiciones oficiales de cultura y de nación operacionalizadas por los agentes y las instituciones gubernamentales.

Pero, ¿qué rol asume el nacionalismo en la conformación de la política cultural exterior? Más allá de las diferentes tesis funcionalistas<sup>2</sup> e idealistas<sup>3</sup>

2. En este marco teórico, la emergencia del nacionalismo moderno se relaciona con la aparición de la sociedad industrial en el siglo XVIII, que, a diferencia de las sociedades agrarias, necesitaba estar políticamente centralizada para su funcionamiento. Así, los sistemas públicos educativos —y, posteriormente, los culturales— vinieron a favorecer la sistematización de la relación entre las fuerzas industriales productivas y la fuerza de trabajo, teniendo en la difusión del ideal nacional un mecanismo de justificación de la concentración y derechos de organización del poder político y económico (Gellner, 1997: 18).

3. En contraposición, desde la vertiente idealista de la teoría sobre el nacionalismo, Elie Kedourie afirma la existencia de lo que denomina *doctrina nacionalista*. Esta «sostiene que la humanidad está naturalmente dividida en naciones, que las naciones son conocidas por ciertas características que pueden ser cercioradas, y que el único tipo de gobierno legítimo es el autogobierno nacional» (Kedourie, 1998: 1). En el contexto de esta tesis, desde el siglo XIX el Estado organizó una serie de elementos culturales y voluntades comunes que ya existían con diversas formas desde la Roma antigua. Por tanto, el principio de toda soberanía reside en la nación misma, y esta totalidad, basada esencialmente en una cultura común, es el fundamento que soporta el todo. El individuo no puede ser entendido, por tanto, fuera de su carácter nacional o externamente del organismo que integra de manera natural (Kedourie, 1998: 33).

en la explicación del nacionalismo, varios autores han centrado su atención en el análisis de sus formas sociohistóricas de construcción. Así, han remarcado la importancia de los movimientos sociales en la acumulación de poder y de los símbolos nacionales (Hobsbawm, 1991: 19; Hroch, 1994: 47; Anderson, 1993: 193). En este sentido, para Eric Hobsbawm «el nacionalismo antecede a las naciones. Las naciones no construyen Estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés» (Hobsbawm, 1991: 18). En una posición cercana, para Anderson la extensión de la alfabetización junto con la aparición de la imprenta y la construcción de poder republicano fueron tres elementos de la modernidad que potenciaron la constitución de la conciencia nacional (Anderson, 1993: 65).

Pero Anderson también destacó la capacidad que, a lo largo de la historia moderna, han demostrado las élites gobernantes para fomentar y dotar de una determinada direccionalidad a este poder político, atendiendo a diversas estrategias geopolíticas (Anderson, 1993). En este sentido, el autor analizó cuidadosamente la importancia de la promoción de una narrativa oficial sobre la nación para los procesos de expansión colonial o, en sentido contrario, de defensa nacional frente a los agentes externos (Anderson, 1993: 147).

Hall indicó que el nacionalismo adquirió nuevas manifestaciones durante el siglo XX, pasando de ser un elemento de sostenimiento de la soberanía nacional (*raison d'état*) a también situarse como un factor de autodeterminación nacional. En este sentido, varios autores han explicado los usos de la acción cultural exterior por parte de las naciones subestatales y la importancia del nacionalismo para explicar el nacimiento, la legitimación y el avance de la paradiplomacia cultural (Lecours y Moreno 2003: 3; Michelmann, 2010). Aquí la acción cultural exterior se presenta como un instrumento estructurante de la nación imaginada a la que Anderson hace referencia, a la vez que una actividad «estructurada» por sus bases políticas y económicas. Nuestro análisis de la gobernanza de la paradiplomacia cultural de Cataluña revela la constante tensión teórica y fáctica

entre el nacionalismo cultural, que adopta diversas formas sociopolíticas, y la institucionalización e instrumentalización política de las identidades nacionales. Con esto último nos referimos a diversas formas de nacionalismo «desde arriba»; el avance del control gubernamental hegemonizando múltiples espacios que actúan en la legitimación, defensa y normalización de los elementos constitutivos de las naciones culturales.

---

### GOBERNANZA Y POLÍTICA CULTURAL EXTERIOR

Los modelos tradicionales de gobierno en la diplomacia cultural, centralizados y subsumidos en la estrategia de la política exterior, han dado lugar, desde los años noventa, a nuevos esquemas de gobernanza. Este modelo de implementación de políticas públicas y de análisis teórico emergió de la crisis del modelo weberiano de gobierno, de tipo vertical y focalizado en la aplicación de la norma (Peters y Savoie, 1995: 389). Dicho modelo plantea la existencia de dos procesos interrelacionados de gobernanza en la gestión pública: los mayormente jerárquicos y los estructurados sobre la base de la apertura continua de diversos espacios institucionales orientados a la intervención social. Sin embargo, mientras el modelo de gobernanza *bottom up* (de abajo arriba) fue asimilado, en ciertos casos, a una mayor calidad democrática del Estado liberal, debido a la intervención comunitaria a la política pública, Peters (1995) ha señalado algunos inconvenientes de esta reducción: entre otros, este reconocimiento activo por parte del Estado de que la cambiante realidad social podría favorecer la excesiva compartimentación de instancias de gobierno, la ineficacia de la acción gubernamental y, también, la ambigüedad de la función pública en cuanto a la ley (Peters, 1995).

En el estudio de la diplomacia cultural contemporánea hay que considerar la compleja manera en que el proceso de estructuración gubernamental manifiesta el equilibrio entre representatividad política — respetando los principios de igualdad e imperio de la ley— y su grado de apertura a la participación

social. En este sentido, la gobernanza en la acción cultural exterior actual manifiesta también varios tipos de esquemas corporativistas que limitan esta participación comunitaria. El corporativismo se ha caracterizado como un modelo de gobierno con: a) un Estado fuerte y dirigente, b) diferentes restricciones para la libertad y la actividad de los grupos de interés, y c) por la «incorporación de estos grupos de interés dentro y como parte del sistema estatal, responsables tanto de representar el interés de sus miembros en y para el Estado como de ayudar al Estado a administrar y llevar adelante las políticas públicas» (Wiarda, 1996: 8). Como ha indicado Wiarda (1996: 15), este modelo de gobernanza ha formado parte de varios regímenes políticos, que van de liberales a totalitarios, donde los grupos sociales que intervienen pueden tener una relación con el Estado que puede ir desde el control absoluto por parte de este hasta el contractualismo.

Nuestra aproximación a la diplomacia cultural, partiendo del análisis de Anderson sobre el nacionalismo, persigue aclarar cuáles son los procesos y mecanismos de articulación de esta política con lo nacional y lo social, en la medida en que se establecen varios vínculos de colaboración y conflicto entre representante y representados. Para Villanueva, «representar la cultura en el exterior significa concentrarse en cómo las naciones llevan a cabo el acto de representarse a sí mismas en el extranjero, operando para promover los intereses de aquellos que pertenecen a la cultura nacional del país» (Villanueva, 2007: 24). Este proceso de construcción política se concreta en diferentes dinámicas que abarcan la actuación de los agentes diplomáticos (Arndt, 2005) o la agenda estratégica de generación del mencionado recorte cultural exterior que la gestión gubernamental establece. Desde el punto de vista histórico, es posible advertir una evolución general hacia la centralización, autonomización y ampliación del área y, seguidamente, durante los años setenta, hacia la inauguración de mecanismos que le otorgaban mayor pluralismo y capacidad de interacción sociopolítica. Sin embargo, por otra parte, se ha dado la aparición de una dinámica

corporativista y privatista, que ha llevado a esta representación a verse constituida sobre la base de preceptos económicos y geopolíticos que forman parte de la agenda exterior, mediante diversas alianzas de élites público-privadas (Villanueva, 2007: 65).

En este sentido, la representación cultural mediante la política exterior posee unos mecanismos particulares de relación con los procesos de participación social. Como indica Villanueva, adentrándose en la dimensión de agencias de la diplomacia cultural, mientras el registro *bottom up* ha sido referencia de la corriente idealista en las relaciones internacionales, el *top down* (o diplomacia de elites) se ha subsumido en el concepto de *interés nacional* y ha actuado corporativamente de acuerdo con su definición (Villanueva, 2007: 46). Estas formas de relación entre procesos sociopolíticos territoriales y diplomacia cultural han sido advertidas en diferentes características de la política. Como ha indicado Mellisen (2005: 13), la diplomacia pública hace alusión a la política doméstica en dos modos: «Como la intervención local de los ciudadanos en la formulación de la política exterior (enfoque de participación) o como la explicación de la diplomacia y los objetivos de la política exterior al público local (enfoque de explicación)». En este sentido, se ha señalado también la importancia de que la política exterior cumpla la función de «explicar el mundo» a los ciudadanos de origen (Sharp, 1999) y se señaló que la diplomacia cultural puede transformar la política doméstica al «instigar la conformidad nacional con nuestra propia imagen en el exterior y fortalecer el orgullo por los logros de un país» (Higham, 2007: 139). En contraposición, se ha advertido que la acción cultural externa puede actuar como instrumento de disputa y de manejo de la política doméstica como, por ejemplo, el caso de las avanzadas protodiplomáticas de Quebec (Mark, 2008: 71; Bélanger, 1994). En definitiva, según estas diferentes perspectivas, la diplomacia cultural cumpliría la función de canalizar los diversos intereses locales, explicar sus modos de intervención y las respuestas externas a esta y favorecer la cohesión social interna, convirtiéndose en un instrumento de soberanía socialmente edificada.

## EVOLUCIÓN INSTITUCIONAL DE LA PARADIPLOMACIA CULTURAL DE CATALUÑA

La primera etapa de la paradiplomacia cultural catalana va desde el principio de la primera legislatura del gobierno de Convergencia i Unió (CiU), en 1980, hasta 1987, cuando se creó la Subdirección de Relaciones Exteriores y de Protocolo. Este primer periodo concuerda con la etapa de la política cultural española que Bouzada (2007: 305) define como de «construcción de identidad». En el caso catalán, se enmarca en un contexto de reorganización de la estructura del gobierno cultural que, entre otras cosas, consistió en el traspaso del funcionariado y del equipamiento del Estado a la Administración autonómica. Entonces, el gobierno conservador de CiU impulsó una acción cultural exterior mayormente dirigida a Europa y América Latina, consistente en acciones aisladas y descoordinadas y de rasgos predominantemente patrimonialistas desde el punto de vista del diseño de su propuesta sociocultural. Se trató de una paradiplomacia cultural principalmente pública, es decir, orientada a estrechar relaciones con las organizaciones sociales catalanas en el exterior<sup>4</sup> (Departamento de Cultura, 1983: 14) que, en muchos casos, se habían movilizado en resistencia al franquismo.

Desde 1987, y de forma más acentuada hacia comienzos de los años noventa, el Gobierno de Jordi Pujol desarrolló una nueva paradiplomacia cultural. La acción exterior de la Administración catalana se vería impulsada por el proceso de integración de España en la Unión Europea (Delgado Gómez-Escalonilla y Figueroa, 2008: 12), que propició diferentes usos de esta ventana de oportunidad para el ascenso de Cataluña en el mapa europeo (Gasòliba, 1987: 48). También las marcadas transformaciones urbanas, sociales y económicas ocurridas después de la elección de Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos de 1992 favorecieron la concreción de nuevas y más efectivas formas de proyección subestatal en el exterior. Así, una mayor estabilidad y potencia

del escenario político-institucional concedieron a la paradiplomacia cultural una base estratégica para su intensificación, provista ahora de un «diseño y planificación a medio y largo plazo de la acción exterior» (Villalonga, 1992: 213). Entonces se crearon nuevas dependencias públicas dedicadas a esta política. Entre ellas, desde 1991, el Consorcio Catalán para la Promoción Exterior de la Cultura (COPEC), que abordó la tarea de forma exclusiva y concentró gran parte de la labor de difusión y organización cultural internacional de la Generalitat de Cataluña. Los destinos de dicha política se ampliaron, teniendo como prioridades «Europa, Estados Unidos-Japón y América Latina» (García y Segura, 1995: 44).

En su última etapa, desde el año 2000, la paradiplomacia cultural catalana tomó un fuerte impulso. La nueva estrategia tuvo como objetivo la modernización de la oferta en el extranjero y, en este marco, el favorecimiento de la Marca Cataluña, solapada desde los años noventa por el *branding* Barcelona. Entonces se crearon diferentes áreas de gestión, diseñadas ahora bajo una racionalidad que buscaba atender los diversos desafíos que propone la globalización. La paradiplomacia cultural fue dotada de una nueva institucionalidad y, simultáneamente, se amplió el rango de acción internacional del Departamento de Cultura. En este contexto, hacen aparición del Instituto Catalán de las Industrias Culturales (2000) y el Instituto Ramon Llull (2001), otorgando a Cataluña de una capacidad de acción cultural exterior de difícil homologación respecto a otros entes subestatales. De esta manera, se dio una mayor utilización de las industrias culturales y de las plataformas digitales como mecanismos de promoción cultural internacional. Esta línea de trabajo se vio profundizada con el cambio de gobierno autonómico en el 2003. Entonces, la nueva Administración de izquierdas<sup>5</sup> progresó en la estructuración de la política exterior, mediante el establecimiento de relaciones,

4. Por ejemplo, con la creación del Servicio Permanente de Casales Catalanes en el año 1980.

5. Nos referimos al triunfo, tras 23 años de gobierno convergente, del llamado Tripartito, una coalición de partidos de izquierda integrada por el Partit dels Socialistes de Catalunya, Ciutadans pel Canvi, Esquerra Republicana de Catalunya e Iniciativa per Catalunya Verds-Esquerra Alternativa.

organismos y delegaciones en varios países.<sup>6</sup> Esta renovada estructura y el importante rediseño legal que sufrió esta área en el marco del nuevo Estatuto de Autonomía (2006) facilitaron «un refuerzo de la presencia internacional de Cataluña, con hitos como la Feria de Frankfurt o la obtención de la capitalidad de la Unión por el Mediterráneo» (Villarroya Planas, 2010: 11). Sin embargo, diferentes eventos, como la resolución del Tribunal Constitucional (TC) sobre el Estatuto de Autonomía de Cataluña en 2010 y los efectos políticos de la crisis financiera que tuvo inicio dos años antes apoyaron la reducción y racionalización del sistema, así como la adopción de estrategias tendentes a conseguir una mayor autonomía en esta materia, en el marco de un creciente consenso parlamentario en torno al establecimiento de una consulta por la independencia.<sup>7</sup>

6. Estas organizaciones llegaron a conformar una red de más de doscientos centros que representan a la región en el extranjero desde diversas formas institucionales y en diferentes sectores estratégicos.

7. Esta, denominada «Consulta popular no referendaria sobre el futuro político de Cataluña», fue convocada en septiembre del 2014 mediante la aprobación por el Parlamento catalán de la Ley de Consultas y la posterior firma, por parte del presidente del gobierno catalán, de un decreto de convocatoria para su realización el día 9 de noviembre del 2014. Durante el mismo mes, fue suspendida cautelarmente por el Tribunal Constitucional español (TC).

## GOBERNANZA CORPORATIVISTA DE LA PARADIPLOMACIA CULTURAL CATALANA

Hay que distinguir los citados procesos de diversificación sectorial y estratégica de la política cultural exterior catalana y sus múltiples dinámicas de intervención *bottom up* del desarrollo que derivó en la conformación de una gobernanza corporativista en esta política. Como indicamos, en los años setenta varias organizaciones se incorporaron a esta tarea en el marco del proceso de «normalización» cultural posfranquista. La movilización social en torno a la promoción exterior de la cultura, enmarcada en el nacionalismo, fue un capital político que influyó en el modo de organización del Gobierno autonómico durante la transición democrática. Pero esta dinámica *bottom up* sería, en muchos casos, objeto de una gradual transformación que derivó en la institucionalización de una gobernanza en la política cultural exterior en los años noventa. En este contexto se renovaron los diferentes mecanismos de vinculación y de colaboración entre los actores implicados en este entramado, reafirmando su carácter corporativista (Wiarda, 1996). Desde entonces, uno de los elementos particulares del sistema de la paradiplomacia cultural catalana es la existencia de diferentes organismos público-privados o de asociaciones que cumplen funciones cuasigubernamentales, un esquema de relaciones decisivo para la actividad cultural exterior.

Una de las maneras de vinculación entre Estado y organizaciones sociales en esta gobernanza fue el apoyo continuo por parte del Gobierno catalán a diferentes organizaciones sociales que realizaban acción cultural exterior desde Cataluña. Por ejemplo, con su apertura, el COPEC estableció la línea de ayuda «Subvenciones a entidades para la promoción exterior de la cultura catalana». Bajo este concepto se instauró el apoyo a diversas asociaciones y fundaciones. Si bien en 1995 esta línea de acción representó solo el 2 % del gasto total del COPEC, que fue de 318 millones de pesetas (COPEC, 1997: 14), estas subvenciones continuarían activas durante toda la década. En la siguiente tabla se observa la evolución de estas ayudas públicas entre 1995 y 2001:

AÑO	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001
Círculo de Hermandad Occitano-Catalán	1		0.8	0.8	0.8	0.8	0.8
Fundación Congreso de Cultura Catalana	2	2	1.5	1.5	1.5	1.5	1.6
Instituto de Estudios Catalanes	2		2	2.1	---	---	---
Instituto de Proyección Exterior de la Cultura Catalana	2	2	1.2	1.2	1.2	1.2	2.2

TABLA 1. COPEC. Subvenciones a entidades para la promoción exterior de la cultura catalana (millones de pesetas) FUENTE: MEMORIAS DEL COPEC, 1995-2001.

Entre las asociaciones presentes en la tabla anterior se encuentra el Instituto de Proyección Exterior de la Cultura Catalana (IPECC). Esta asociación emerge en 1979. Se deriva del Congreso de Cultura Catalana realizado dos años antes, que significó una airada reacción a la represión cultural desarrollada durante el franquismo. Se trata de una entidad ligada a la militancia nacionalista mediante la actividad cultural en el extranjero. Sus objetivos son «dar a conocer los Países Catalanes en todas partes y difundir la lengua, la cultura, la historia, las tradiciones, etc., y el hecho nacional catalán en todas sus manifestaciones» (IPECC, 2012). Con este fin, estableció varias líneas de acción, como el Premio Batista i Roca a la labor de la proyección de la cultura catalana, simposios, encuentros y seminarios en torno a la historia y la cultura de Cataluña en todo el mundo, principalmente en Europa. Estas tareas se desarrollan, en muchos casos, junto con seguidores de la cultura catalana en diferentes puntos del planeta o en colaboración con organizaciones de la diáspora. Muchos de los integrantes históricos del IPECC pertenecen al campo intelectual y cultural catalán, como historiadores, poetas o escritores.

Desde los años ochenta la entidad recibió el apoyo de la Generalitat de Cataluña. Por ejemplo, realizó una tarea de emplazamiento de monumentos a artistas, intelectuales o personajes históricos catalanes en el extranjero, que contó con la colaboración del Gobierno catalán. Como indica su directora, Núria Bayó, el expresidente Jordi Pujol acompañó al IPECC en algunas de estas acciones: «Hemos puesto tres bustos, siempre con la colaboración de la Generalitat, económica, y también ha venido nuestro presidente,

el señor Jordi Pujol, a poner el busto de nuestro poeta Josep Carner, en la Universidad Católica de Bruselas» (Bayó, 2014, entrevista personal, 5 de marzo).

El carácter independentista del IPECC se refleja en las actividades culturales que lleva a cabo, entre las que se encuentran sus acciones en diferentes puntos de Europa. En su *Memoria de viaje a Cracovia* (2010) se detalla el programa desarrollado para la ocasión. El documento cuestiona la falta de énfasis en la cuestión nacional de algunas de las actuaciones que conformaron el programa y la falta de respeto por las tradiciones. Sobre este asunto menciona: «La difusión de la voluntad independentista de Cataluña debe hacerse presente en los actos en el exterior. Lo hacían músicos catalanes como Pau Casals, cantantes como Lluís Llach o deportistas como Carles Puyol, etc. Si no lo hace el gobierno, al menos hagámoslo nosotros» (IPECC, 2010: 3).

La aparición del IRL supuso la creación de un organismo homólogo a nivel oficial. Desde entonces, el IPECC se vinculó de manera frecuente con este instituto, por ejemplo, a través del apoyo del IRL a la entrega del Premio Josep Maria Batista i Roca. Por su parte, en 2003, el IRL estableció el Premio Internacional Ramon Llull, mediante un convenio firmado con la Fundación Congreso de Cultura Catalana, otra de las entidades mencionadas. De esta manera, se redistribuyen y reconceptualizan las funciones previamente delegadas en las asociaciones. En esta dirección, según avanzaba la crisis económica iniciada en el 2008, la organización dejó de recibir fondos públicos y tuvo que sostenerse con colaboraciones

privadas y algunas ayudas otorgadas por el IRL. Sobre la nueva relación con el Gobierno catalán, su actual directora menciona:

La tenemos, de hecho, pero ahora la Generalitat hace política exterior. Aunque nosotros todavía les hacemos falta. Porque ellos, cuando se instaló la nueva Generalitat (años ochenta), celebraban estas cosas que nosotros todavía hacemos, como es la Batalla del coll de Panissars. La gran batalla que ganó nuestro rey Pedro el Grande. Y con esta batalla que ganamos, vengó la muerte de su abuelo en Muret, y debe celebrarse. Ellos, los primeros años, lo celebraban, pero entonces iban los de las formaciones políticas, los de la oposición, se chillaban, se insultaban. Han dejado de ir a todas estas actividades que todavía el IPECC celebra. Y ellos no van y deben mantener la memoria de Cataluña. Pero todo el que venga con nosotros sabrá de esta batalla (Bayó, 2014, entrevista personal, 5 de marzo).

Otra institución de referencia para la actividad cultural de Cataluña en el exterior es el PEN catalán. La red internacional de clubes PEN se estableció en 1921, cuando se produjo la fundación del PEN internacional, en Inglaterra. Surgió en la posguerra como una organización de las letras en el contexto de la creación de la Liga de las Naciones y de la instauración de la diplomacia cultural como instrumento de diálogo internacional. Entonces el PEN inglés invitó a las literaturas del mundo a sumarse a esta iniciativa. Un año después, se fundó en Barcelona el club PEN de Cataluña, el tercero del mundo. Nació de la mano de escritores e intelectuales como José M. López-Picó, Joan Crexells o Josep M. Batista i Roca y, desde entonces, la institución participó de las reuniones del PEN internacional.

Tras su activismo durante el franquismo y el regreso de sus dirigentes del exilio, el PEN catalán se reconfiguró y reanudó su relación con el Gobierno catalán. Desde entonces, ha sido subvencionado por la Generalitat de Cataluña y por parte de otros diversos organismos públicos. Asimismo, ha tenido un estrecho vínculo con la Administración catalana en la organización

de varias actividades y algunos de sus agentes han formado parte de instituciones gubernamentales. Esta relación se ha asentado sobre la ideología de la institución, que mantuvo siempre una filosofía tendente a la vinculación entre libertades civiles y derechos humanos y a promover la difusión internacional y la defensa de la lengua catalana, pero extendiendo esta atención a la cuestión de la identidad nacional (Subirana, 2010).

Desde 2001, con Dolors Oller como nueva presidenta, el PEN catalán buscó replantear su funcionamiento y acercarse al enfoque de sus entidades homólogas en los países nórdicos, y en Inglaterra y Norteamérica. Con este fin se desarrollaron tanto tareas relacionadas con el mundo literario catalán como nuevas líneas de acción ligadas a la paradiplomacia cultural (Arenas, 2014, entrevista personal, 18 de marzo). Arenas indica que esta reforma —que coincide con la aparición del IRL— se realizó en un contexto de cambio social y político:

Coincide con un momento en el que, quizá, hay una bajada del voluntariado. En el sentido en que nosotros, como país, por el hecho de recuperar las instituciones, por el hecho de decir «bueno ahora ya tenemos instituciones que se encargaran de velar por nuestro patrimonio», entonces nos relajamos como sociedad civil. Y quizá había una generación, que es la generación que ahora tiene unos cuarenta años, que no veía la necesidad de afiliarse a este tipo de organizaciones y de militar por la cultura. ¿Por qué? Porque hay otras posibilidades de acceso al exterior (Arenas, 2014, entrevista personal, 18 de marzo).

Desde esta nueva posición, el PEN catalán, miembro consultivo de la UNESCO y de la ONU, promovió varias líneas de acción tendentes a reforzar la posición catalana en estas esferas supranacionales y, en diferentes ocasiones, actuó en la defensa de los derechos lingüísticos de la región frente al Estado español. En esta línea, denunció públicamente que el Estado estaba ejerciendo el «genocidio cultural» sobre la lengua catalana y presentó formalmente esta acusación ante el PEN internacional, para ser elevada

a la ONU (Foguet, 2012). Este pronunciamiento se produjo como una reacción a diversas medidas recentralizadoras en materia cultural y educativa, efectuadas por parte del Gobierno.<sup>8</sup> La iniciativa remite a la resistencia antifranquista que mantuvieron escritores, editores e intelectuales que dirigieron la institución en el exilio. Por ejemplo, Batista i Roca denunció en diferentes ocasiones la persecución de la cultura catalana ante la ONU y también ante la UNESCO, como con el texto presentado en París «Appeal to the UNESCO on behalf of Catalan culture» (1952) (Subirana, 2010: 320). En esta línea política, la organización se sumó también a las entidades que convergen en Diplocat<sup>9</sup>. La voluntad manifestada por parte de los intelectuales catalanes fundadores del PEN catalán, de representar el valor distintivo de la cultura catalana como cultura nacional (Subirana, 2011: 63), se encontró ahora desplegada en el marco de un nuevo proyecto institucional y en un contexto político diferente. Este estaría caracterizado por la promoción internacional del derecho a decidir desde el Gobierno de Cataluña.

En otro eje de acción supranacional integrado a esta gobernanza corporativista se encuentra el Centro UNESCO de Cataluña (UNESCOCAT), creado en 1984. Esta ONG ha tenido como objetivos primordiales establecer y fortalecer los vínculos entre Cataluña y la organización multilateral.<sup>10</sup> Según sus estatutos, la asociación persigue «difundir en el ámbito cultural catalán los ideales, documentos y actividades de la UNESCO y hacer llegar a la UNESCO la colaboración de la comunidad cultural catalana en las áreas de

competencia de la UNESCO, es decir, la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación» (UNESCOCAT, 2005: 5). Actualmente integran la organización cuatro entidades: la Fundación Jaume Bofill, el Instituto de Estudios Catalanes (IEC), la Fundación FemCAT y Òmnium Cultural.

Desde su nacimiento, esta institución colaboró con el Servicio de Relaciones Culturales del Departamento de Cultura catalán y recibió el apoyo económico de la Generalitat de Cataluña, que la declaró de utilidad pública en 1996. Como contrapartida, UNESCOCAT ha trabajado bajo el paraguas de la Comisión Española de Cooperación con la UNESCO, facilitando información y asesoramiento técnico al Gobierno catalán.

Desde este esquema de gobernanza, UNESCOCAT sostuvo relaciones de manera oficial con la UNESCO, teniendo estatuto consultivo. En 1993 el centro fue admitido en esta organización multilateral como «fundación con relaciones oficiales con la UNESCO», una condición renovada por el Consejo Ejecutivo en 1999 y en 2008 por término de seis años. La actividad de UNESCOCAT, como asociación, le permitió establecer contactos en París con miembros de la organización multilateral, con delegaciones estatales y con otras ONG de todo el mundo, velando por los intereses catalanes. Asimismo, en el 2001, UNESCOCAT participó en la organización del Fórum de las Culturas, junto con el Ayuntamiento de Barcelona y el Gobierno de Cataluña (UNESCOCAT, 2001: 7). Esta línea de actuación dirigida a hacer propuestas a la UNESCO e incorporar sus políticas a los programas autonómicos muestra un continuo avance desde los años noventa. De este modo, la actividad de la ONG, centrada en la defensa de la diversidad lingüística, los derechos humanos y en la tarea patrimonial, ha sido una extensión central de la política exterior autonómica y ha facilitado su articulación con la sociedad civil.

Este mecanismo de participación indirecta en la UNESCO, si bien ha variado en su alcance a lo largo del tiempo, ha presentado varias limitaciones, dadas

8. Como los impedimentos para la escolarización en catalán en las comunidades autónomas de Baleares y Valencia y para recibir la TV catalana en País Valenciano.

9. El Consejo de Diplomacia Pública de Cataluña (DIPLOCAT), derivado del Patronat Catalunya Món, es un consorcio creado en el 2013 por la Generalitat de Cataluña destinado a proyectar Cataluña en el escenario internacional, con la intención de visibilizar su proyecto orientado al derecho a decidir. Está integrado por varios ayuntamientos, diputaciones, universidades y asociaciones catalanes.

10. Este centro se constituye sobre la base de varios clubes y federaciones UNESCO desplegadas por la sociedad civil en Cataluña desde los años sesenta (Mesado i Jardí, 2008: 29).

por el marco administrativo y normativo estatal y también por su capacidad de actuación en el contexto supranacional. Esta situación propició varios reclamos para una modificación de los mecanismos de representación catalana en la organización de Estados. Por ejemplo, en 2001 varios partidos catalanes pidieron al Gobierno una mejor presencia oficial de Cataluña en la UNESCO, sin obtener respuesta a su reclamo (UNESCOCAT, 2001: 9). Siguiendo esta línea, los dos gobiernos tripartitos persiguieron impulsar diferentes políticas que buscaban mejorar la capacidad de la gobernanza catalana en la UNESCO. Como parte de esta voluntad, plasmada en el Estatuto de Autonomía de 2006, y de la promoción de las políticas vinculadas a los programas del organismo, se estrechó la relación de UNESCOCAT con el IRL (Instituto Ramon Llull, 2005: 84) y, también en este marco, en 2007 la ONU recalificó esta asociación como organismo «consultivo especial».

A pesar de los progresos de este modelo de gobernanza de la representación catalana en la UNESCO, diferentes actores del campo político-cultural catalán puntualizaron sus problemáticas, vinculados a su ambigüedad institucional y dicho carácter paradójico de la paradiplomacia cultural catalana, que se vincula con la falta de estructuras de Estado. Baltà, consultor de Interarts, señala dos particularidades en torno a la paradiplomacia cultural catalana: por una parte, su naturaleza de ente subestatal y, por otra, la existencia de una lengua y una cultura singulares y con relevancia internacional:

Pero justamente esta mezcla de especificidades, unas positivas y otras negativas, también hace que haya sido muy importante el papel de la sociedad civil. El papel que en su momento había hecho UNESCOCAT, por ejemplo, respecto de la UNESCO, que por un lado es una ventaja, pero que por otro lado no deja de ser una fórmula rara. Porque no deja de ser una ONG quien está representando o quien quiere representar a Cataluña. Y también porque en el caso de UNESCO es un contexto que no facilita el reconocimiento de que no es un Estado.

Por lo tanto, cuando tú tienes la voluntad de participar, das algunos pasos, pero hay algunos límites (Baltà, 2013, entrevista personal, 18 de septiembre).

Las tensiones que presentaba este modelo de gobierno con relación a la Administración General del Estado y sus mencionadas refutaciones a nivel autonómico se resolvieron, en parte, mediante el acuerdo firmado en 2013 entre el Gobierno catalán y la Dirección de la UNESCO. Este amplía las competencias de la Generalitat en este organismo y facilita la colocación de representantes propios, que actúan paralelamente a la Delegación española. Este proceso se dio un año después del cierre de UNESCOCAT (2012) debido a la reducción drástica en el apoyo económico de la Generalitat. La transformación de la relación entre el gobierno catalán y la UNESCO fue otra manifestación de dicha reconfiguración general en la relación entre sociedad civil y Gobierno catalán en la acción cultural exterior.

Finalmente, cabe mencionar a la Federación de Organizaciones Catalanas Internacionalmente Reconocidas (FOCIR), una entidad que reúne a muchas de las asociaciones antes mencionadas. Fue creada en 1995 con el objetivo de «reforzar su presencia en el espacio de las ONG internacionales como el de promover la de las ONG que aún no habían desarrollado esta dimensión de su trabajo» (FOCIR, 2010: 7). La FOCIR ha sido financiada por el Gobierno catalán. Durante más de una década, estos recursos fueron distribuidos entre las organizaciones integrantes de la federación en concepto de viajes, logística, formación o promoción. La entidad instauró diferentes mecanismos de asesoramiento para aquellas asociaciones que actuaban en organismos internacionales y en redes internacionales de la sociedad civil, con el fin de que lo pudieran hacer en condición de catalanas,<sup>11</sup> cubriendo la falta de

11. Agrupó, en 2012, a 63 organizaciones de las aproximadamente 250 acreditadas en organizaciones internacionales. Este año se contabilizó que unas 60 personas de estas 250 entidades estaban en juntas directivas de entidades europeas o internacionales.

estructuras estatales para intervenir en el sistema internacional (FOCIR, 2010: 7).

Este enfoque destaca la importancia de la acción transnacional de las organizaciones sociales en la estructuración de la nueva gobernanza global. En este marco, legitima la promoción gubernamental de la internacionalización de los actores sociales de Cataluña. Sin embargo, en las VIII Jornadas de la FOCIR (2008), su directora, Mònica Sabata, mencionaba: «Debemos ser conscientes, sin embargo, de que esta diplomacia pública no puede ser sustitutiva de las tareas que desarrollan los gobiernos y las instituciones» (FOCIR, 2008). La directora explica las razones que apoyan esta convergencia entre la sociedad civil y el Gobierno catalán en materia exterior:

Nosotros somos un país que no hemos tenido las estructuras de Estado normales, entre comillas, puertas hacia fuera, porque no tenemos todavía hoy plenas competencias en materia de relaciones internacionales. Pero la sociedad civil catalana es sabia y siempre ha tenido esta cuestión de mirar hacia Europa. Seguramente por herencia del presidente Pujol que, cuando nosotros éramos jóvenes, nos contaba a todos que teníamos que mirar hacia el norte, a Europa, y que Europa sería nuestra solución. Algunas generaciones han crecido con esta historia dentro de la cabeza (Sabata, 2014, entrevista personal, 4 de marzo).

Varias entidades culturales se encuentran agrupadas en FOCIR, lo que la convirtió en uno de los instrumentos de promoción de la paradiplomacia cultural pública. Pero, desde 2007, con el relanzamiento de la política exterior catalana y con la creación de la Secretaría de Asuntos Exteriores (SAE), se transformaron los mecanismos de articulación entre el Gobierno y la Federación. Entonces, las dependencias de la Secretaría de la Generalitat pasaron a ocupar parte de sus funciones. Asimismo, en el contexto de la crisis económica, FOCIR dejó de recibir los fondos públicos que destinaba a estimular el trabajo asociativo a nivel internacional y también disminuyeron las

ayudas públicas para el funcionamiento de la organización. Por estos motivos, en los últimos años, FOCIR transformó su estructura y sus funciones, convirtiéndose en un *think tank* de diplomacia pública que colabora con Diplocat.

---

## CONCLUSIONES

Para Keating (1996: 189), la acción exterior de Cataluña se constituyó desde sus inicios como una forma de reafirmación de la identidad nacional, como una política tendente a favorecer el desarrollo económico y también como un mecanismo de protección de la cultura. En esta línea, también se ha señalado la importancia de la acción cultural exterior para los procesos de construcción nacional establecidos por parte de diferentes entes políticos estatales y subestatales (Lecours y Moreno, 2003, Delgado Gómez-Escalonilla, 1991). Por una parte, esta política resulta muy efectiva como instrumento de reafirmación de los ideales nacionales territoriales en una dialéctica con otros entes político-territoriales, favoreciendo la estructuración de consensos en el sistema internacional. Por otra parte, la naturaleza política de lo cultural y la importancia de la lengua para la identidad en el contexto de los entes subestatales han dado pie a varios procesos de organización social dirigidos a la proyección exterior de la realidad local. En este sentido, este artículo ha expuesto la capacidad de la movilización social nacionalista de servir como instrumento para la construcción de una gobernanza que facilite la organización de una acción cultural subestatal autónoma.

El entramado corporativista de la gobernanza de la paradiplomacia cultural que hemos analizado se estructuró a partir de diferentes alianzas entre el Gobierno catalán y el sector asociativo. Estas se basaron en la incorporación de varios reclamos catalanistas a la acción de gobierno exterior, fundamentalmente persiguiendo subsanar las limitaciones del gobierno subestatal en el ámbito de la acción supranacional. El reforzamiento de esta colaboración en los años noventa mediante la conformación de una gobernanza propició una creciente interdependencia coactiva

entre las organizaciones de este entramado. Entonces, el COPEC rearticuló e institucionalizó los mecanismos de relación público-privado-asociativos, a la vez que disminuyó la dependencia de la paradiplomacia autonómica respecto al Gobierno central.

La constitución de este entramado público-privado en el contexto de la gobernanza de la paradiplomacia cultural catalana fue favorecida por: a) la continua descentralización competencial y administrativa de la acción exterior en España, y fundamentalmente por: b) la existencia de una base social organizada desde la transición democrática en torno a la difusión de la cultura en clave nacional, c) la voluntad gubernamental de establecer un esquema colaborativo sustentado en estas fuerzas y en su acompañamiento. Dada la importancia de este esquema de relaciones para la política doméstica y para la actividad supranacional de Cataluña, se fue configurando en un eje estratégico de la paradiplomacia cultural catalana y se situó como una importante red de actores en el marco de la más amplia gobernanza de la paradiplomacia cultural catalana, donde convergen la promoción internacional de las artes, de la industria cultural y del patrimonio en claves distintas.

Este entramado de la paradiplomacia cultural potenció la capacidad de acción internacional del Gobierno catalán, tuvo un importante impacto explicativo doméstico (Mellisen, 2005) y permitió diversificar sus líneas de actuación política. Pero también implicó una serie de tensiones en cada etapa de Gobierno, debido a los cambios en el papel de la Generalitat en la política exterior y de la compleja definición

de unas estrategias comunes entre el gobierno y las organizaciones sociales. En este sentido, esta gobernanza se vio reconfigurada por la creación de una nueva institucionalidad desde el año 2000 y por el nuevo protagonismo asumido por el IRL, un organismo con muchos más recursos que su antecesor COPEC. Desde entonces, la paradiplomacia cultural gubernamental se reorganizó con un nuevo equilibrio en torno a la proyección de la lengua y la cultura catalanas en clave nacional.

Con todo, mientras la disputa nacionalista en el marco de varias iniciativas de la paradiplomacia cultural implicaron una cierta confrontación de estrategias y de mecanismos administrativos respecto al Gobierno central, a nivel territorial se presentó como un aglutinante social; una cualidad del nacionalismo señalada por Bruilly (1990). Así, como indica Anderson, la promoción de la conciencia nacional posee una capacidad de movilización sociopolítica y de construcción de poder soberano. Como indica el mismo autor (Anderson 1993: 284), varios patrimonios y documentos acumulados históricamente hacen la construcción de una narrativa nacional. La organización de una política cultural exterior propia representaba en sí misma un anhelo formal de Estado en el que convergían agentes gubernamentales y actores privados y asociativos en una dialéctica *bottom up* y *top down* compleja. Asimismo, esta política manifestó un relato oficial, que se asentaba sobre la tradición histórica republicana y que presentaba una manera de definir la nación hacia el exterior como una entidad diferenciada y (proto)soberana.

---

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, B. (2005). *Comunitats Imaginades*. València: Afers.
- Arndt, R. T. (2009). ¿Cultura o propaganda? Reflexiones sobre medio siglo de diplomacia cultural en Estados Unidos. En Villanueva Rivas, C. (Ed.), *Diplomacia pública y cultural* (pp. 29-54). México: Revista Mexicana de Política Exterior.
- Arndt, R. T. (2005). *The first resort of kings: American cultural diplomacy in the twentieth century*. Dulles: Brassey's.
- Bélanger, L. (1994). La diplomatie culturelle des provinces canadiennes. *Études internationales*, 25(3), 421-452.
- Bélanger, L. (1997). Les enjeux actuels de la participation du Québec à la francophonie multilatérale: de la paradiplomatie à la protodiplomatie. *Politique et Sociétés*, 16(1), 39-59.

- Bouzada, X. (2007). La gouvernance de la culture en Espagne. En L. Bonet y E. Négrier (eds.), *La politique culturelle en Espagne*. París: Karthala.
- Breuilly, J. (1990). *Nacionalismo y Estado*. Barcelona: Pomares-Corredor.
- COPEC (1997). *Memòria d'Activitats 1995, 1996, 1997*. Barcelona: Departament de Cultura. Generalitat de Catalunya.
- Cummings, M. C. Jr. (2003). *Cultural Diplomacy and the United States Government: A Survey*. Washington: Center for Arts and Culture.
- Delgado Gómez-Escalonilla, L. (1991). *Acción cultural y política exterior: la configuración de la diplomacia cultural durante el régimen franquista (1936-1945)*. (Tesis doctoral). Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Delgado Gómez-Escalonilla, L., Figueroa, M. (2008). Los compromisos internacionales de España en materia de cultura. *Documentos de Trabajo. Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos*, 4, 1-21.
- Departament de Cultura (1983). *Memòria d'Activitats*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Duchacek, I. D. (1990). Perforated sovereignties: toward a typology of new actors in international relations. En Soldatos, P. y Michelmann, J (eds.), *Federalism and International Relations: the Role of Subnational Units* (pp. 1-34). Nueva York: Oxford University Press.
- FOCIR (2008). *VIII Jornades de la FOCIR*. Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 25 d'octubre de 2008.
- FOCIR (2010). *X Jornades de la FOCIR. La diplomàcia cultural al servei de la projecció internacional de Catalunya. Internacional.cat.*, 5. Barcelona: FOCIR, Generalitat de Catalunya.
- Foguet, J. (2012). Mascarell quiere exportar la cultura catalana para sortear la crisis. *El País*, 21 de gener de 2012.
- García Segura, C. (1995). La dimensión mediterránea de la proyección exterior de Cataluña: el Arco Latino. *Papers: Revista de sociologia*, 46, 46-56.
- Gasòliba, C. A. (1987). Cataluña y la Comunidad Europea. *Catalònia cultura*, 4, 48-49.
- Gellner, E. (1997). Naciones y nacionalismo. Madrid: Alianza.
- Higham, R. (2007). The World Needs More Canada. Canada Needs More Canada. En Baillargeon, J. P. (Ed.) *The Handing Down of Culture: Smaller Societies and Globalization* (pp. 134-142). Toronto: Grubstreet Books.
- Hobsbawm, E. (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hroch, M. (1994). La construcción de la identidad nacional: del grupo étnico a la nación moderna. *Revista de Occidente*, 161, 45-60.
- Institut Ramon Llull (2005). *Memòria IRL 2004*. Barcelona: Institut Ramon Llull.
- IPECC (2012). Què és l'IPECC?. Tríptic informatiu (en línia). <http://ipecc.cat/novaweb/que-es-lipecc/>, accés 23/5/2014.
- IPECC (2010). *Memòria de viatge*. Barcelona: IPECC.
- Johannisson, J. (2010). Making Geography Matter in Cultural Policy Research: The Case of Regional Cultural Policy in Sweden. En Singh, J. P. (Ed.), *International Cultural Policies and Power* (pp. 127-139). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Keating, M. (1996). *Naciones contra el Estado. El nacionalismo de Cataluña, Québec y Escocia*. Barcelona: Ariel.
- Kedourie, E. (1998). *Nationalism*. Massachusetts: Blackwell.
- Lecours, A. y Moreno, L. (2003). *Paradiplomacy and stateless nations: a reference to the Basque Country*. Montreal: The Institute for Research on Public Policy.
- Mark, S. (2008). *A Comparative Study of the Cultural Diplomacy of Canada, New Zealand and India*. (Tesis doctoral). Auckland: University of Auckland.
- Mellisen, J. (Ed.), (2005). *The New Public Diplomacy*. Londres: Palgrave.
- Mesado, À. (2008). *Els ens subestats i la UNESCO. Els casos de Catalunya i el Quebec*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Michelmann, H. (Ed.), (2010). *Foreign Relations in Federal Countries*. Montreal: McGill-Queen's University Press.
- Paschalidis, G. (2009). Exporting national culture: histories of Cultural Institutes abroad. *International Journal of Cultural Policy*, 15(3), 275-289.
- Peters, G. (1995). Modelos alternativos del proceso de la política pública. De abajo hacia arriba o de arriba hacia abajo. *Gestión y Política Pública*, 4(2), 257-276.
- Peters, G. y Savoie D. J. (Eds.), (1995). *Governance in a changing environment*. Montreal: Canadian Centre for Management Development, Centre canadien de gestion, McGill-Queen's University Press.

- Petit Bozzo, M. (2010). Fonaments i propostes per a una (para)diplomàcia de Catalunya a la UNESCO. *Quaderns de Recerca, UNESCOCAT*, 2, 1-45.
- Rodríguez Morató, A. (Ed.) (2007). *La sociedad de la cultura*. Barcelona: Ariel.
- Saul, J. R. (1994). Culture and Foreign Policy. En *Canada's Foreign Policy: Position Papers. Report Of the Special Joint Committee of the Senate and the House of Commons reviewing Canadian Foreign Policy*. Ottawa: Canadian Communication Group Publishing.
- Schuster, J. M. (2002). Sub-national cultural policy—Where the action is: mapping state cultural policy in United States. *International Journal of Cultural Policy*, 8(2), 181-196.
- Sharp, P. (1999). For diplomacy: Representation and the Study of International Relations. *International Studies Review*, 1(1), 33-57.
- Subirana, J. (2010). Fem d'una mena d'ambaixadors... 'La proyección internacional como estrategia de las literaturas 'menores'. El caso del PEN catalán. *Oihenart. Cuadernos de Lengua y Literatura*, 25, 307-324.
- Subirana, J. (2011). Organitzacions literàries i mediacions: el cas del PEN català. En Gavagnin, G. y Martínez-Gil, V. (Eds.), *Entre literatures. Hegemonies i perifèries en els processos de mediació literària* (pp. 59-79). Lleida: Punctum.
- UNESCOCAT (2006). *Memòria 2005*. Barcelona: UNESCOCAT.
- Villalonga Vadell, A. (1992). Las relaciones institucionales entre la Comunidad Autónoma de Cataluña y América Latina. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 23, 323-328.
- Villanueva, C. (2007). *Representing Cultural Diplomacy: Soft Power, Cosmopolitan Constructivism and Nation Branding in Mexico and Sweden*. Växjö: Växjö University Press.
- Villarroya Planas, A. (2010). Política cultural. Cataluña. En Consejo de Europa/ERICarts (Ed.), *Compendium of Cultural Policies and Trends in Europe*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Wiarda, H. J. (1996). *Corporatism and Comparative Politics*. Nueva York: M. E. Sharpe.
- Wyszomirski, M. J., Burgess, C. y Peila, C. (2003). *International Cultural Relations: A Multi-Country Comparison*. Ohio: Center for Arts and Culture.

---

## NOTA BIOGRÀFICA

Mariano Martín Zamorano es doctor en Gestión de la Cultura y el Patrimonio por la Universidad de Barcelona (UB), con Cum Laude y Mención Internacional. Tiene una amplia experiencia en el desarrollo de proyectos académicos interdisciplinarios financiados —Universidad Nacional de Cuyo (UNC, Argentina), AECID y la Comisión Europea— y ha obtenido cuatro subvenciones individuales (UNC, AGAUR y la UB). Desde 2010 es miembro del Centro para el Estudio de la Cultura, Política y Sociedad (CECUPS) de la UB. Zamorano cuenta con diversas publicaciones, entre ellas varios artículos en revistas científicas con factor de impacto, un libro en proceso de edición y un capítulo de otro libro.

